

# TIEMPO DE PELIGRO

**E**N algún sitio se ha escrito en estos días que la actual crisis del mundo es equivalente de una guerra mundial, y que puede producir cambios políticos que en este momento ni se sospechan. A primera vista parece una exageración. Pero la realidad es que la situación general es realmente inquietante. Quizá la escasez de energía, el racionamiento de petróleo, no sea más que un emascaramiento de la realidad total. O una carta que se guarda en la manga para una acción grave. No sería nada extraño que en el Pentágono se estuviese estudiando en estos momentos la posibilidad de una acción directa en el Oriente árabe, y los computadores deben estar estudiando velozmente cuáles serían los riesgos verdaderos de una posible reacción soviética; tal vez el amago del 25 de octubre, que a todo el mundo pareció desmedido y fuera de la situación, fuese ya un amago de otra cosa, un globo-sonda para medir ciertas respuestas. La única pregunta que no tiene respuesta hasta ahora —tal vez la tenga ya sin que la sepamos— es esta: ¿Qué haría la URSS en el caso de una invasión del Oriente árabe por los Estados Unidos? ¿Consideraría esta acción suficiente para una respuesta nuclear? Y ¿qué haría el mundo, qué haría Europa, qué harían los grupos interiores de los propios Estados Unidos? ¿Sería suficiente disfraz el de la pérdida y encarecimiento del petróleo?

Este tema, por supuesto, no hay que subestimarlo. La sociedad de consumo está construida sobre la energía. Lo que escasea, desde hace ya años, es la energía en todas sus fuentes. Escasean, al mismo tiempo, otras materias primas consideradas como de primera necesidad para el funcionamiento de esta sociedad. Y desde hace años también una crisis de confianza en las monedas. La inflación no se detiene. En el mundo entero la producción de bienes —en general— es más lenta que la industrialización, el comercio, las inversiones. La producción de bienes está estrechamente ligada a la extracción de materias primas, en su mayor parte procedentes de países del mal llamado Tercer Mundo (y cualquier otro de los nombres es tan poco adecuado como

éste; a no ser, tal vez, el de «naciones proletarias», que le fue dado y retirado casi inmediatamente por sus resonancias de lucha de clases y revolución en puertas). El que, por ahorrar búsquedas de nombres, seguiremos llamando Tercer Mundo, ha sido manipulado y mal manipulado. Se creyó que uno de sus factores de explotación, el del suministro de mano de obra a bajo precio, casi esclavista, podría ser fácilmente desechado o, por lo menos, no tenido en cuenta, y que sus materias primas podrían estar dirigidas desde los grandes centros de decisión de mercados y políticas. Prácticamente, desde Wall Street y su cercana filial, Washington, y que desde allí podrían irradiar, por la vía del dólar, de las empresas multinacionales y de la hegemonía mundial que suponía la red de bases y el monopolio atómico en Occidente de los Estados Unidos al resto del mundo. Toda la manipulación de estas naciones proletarias se ha hecho en ese sentido. Habrían de bastar unos gobiernos fuertes y unas clases sociales con todas las armas en la mano para que la explotación continuase. En efecto, ha funcionado así, y así sigue funcionando, salvo algunos reveses considerables, como el de Asia. Probablemente, no se ha tenido en cuenta que con ello no se acrecentaba, no se favorecía, la producción de materias primas en el Tercer Mundo. Son países que han continuado teniendo una economía de despilfarro, que es la típica economía colonial: es decir, de agotamiento, de filones y tierras exhaustas. Quien haya vivido o visitado con alguna profundidad los países colonizados, sabrá que las compañías, aun los gobiernos que han actuado en estrecha convivencia con las compañías —salvo casos de paternalismo o de proteccionismo—, no han vacilado nunca en agotar las vidas humanas ni en materias extraídas o cultivadas. Tenían la noción de que eran efímeras. El nuevo colonialismo, el colonialismo a domicilio —por interposición de gobiernos más o menos fantasmales y de minorías dirigentes— no sólo no ha resuelto la cuestión, sino que la ha acrecentado. Los intermediarios indígenas han tratado también de explotar rápida y vo-

razmente su situación. El mundo colonizado —y no hagamos ya distinguos entre el antes y el después— ha tenido, simplemente, una mala gerencia. Los gastos de corrupción, guerras, golpes de estado, revoluciones, creación de nuevas clases, han incidido sobre los de las materias primas explotadas, sin que se hayan hecho esfuerzos reales para evitar el despilfarro. En cambio, ha aumentado la voracidad de Occidente. Cuando se han comenzado a dar gritos de alarma sobre los riesgos del «exceso de desarrollo» no han sido creídos.

Esta voracidad de Occidente ha alcanzado, sin duda, a los países de antigua ideología comunista; primero, a la URSS; más tarde, a China. Que estén ambos lejos todavía de la sociedad de despilfarro que es la occidental no parece que sea más que un acicate para ellos. Hace años, a raíz de la destalinización, Kruschchev y otros grandes políticos soviéticos comenzaron a hacer cálculos y promesas a sus pueblos acerca de cuándo podrían tener el nivel de vida de los Estados Unidos. Empezaron a trabajar en esa dirección y produjeron la coexistencia. Es cierto que la coexistencia nació de la urgente necesidad de evitar la guerra como consecuencia del «equilibrio del terror», como se está recordando ahora con motivo del décimo aniversario de la muerte de Kennedy, al recordar el episodio de los cohetes del Caribe. Pero el sentido de la coexistencia, el que se le ha dado, no responde exactamente a esa necesidad de evitar la guerra.

La crisis sobre la que cabalgamos ahora está dada, en gran parte, por la voracidad de consumo del mundo capitalista y de su emulación en el mundo comunista. Pero se está mostrando con aspectos políticos, como es lógico, que forman la capa visible de los económicos. La crisis de autoridad, de régimen, de ideal, en los Estados Unidos, es mucho más grave de lo que se está fingiendo creer. No es un puro problema de espionaje político o de colusión entre el capitalismo y el poder, ni siquiera son Nixon y Agnew los verdaderos culpables: Nixon y Agnew son las consecuencias, los productos de una etapa histórica, como Hitler lo fue de la suya. O

Stalin, o De Gaulle. La primera sociedad de la abundancia y despilfarro del mundo se encuentra desde hace años con fenómenos de escasez y restricción, con problemas monetarios; se encuentra con una mala gerencia. Ha invertido inmensas cantidades de dinero en un producto nacional, la fuerza —las armas, la irradiación militar imperial—, y no ha podido usarlo cuando lo ha necesitado. Una parte de la nación se siente defraudada por la inviabilidad de sus fuerzas; otra parte de la nación lo está porque la política del país se ha orientado hacia la fuerza. Si estos defraudados se miran unos a otros con algo más que odio civil, ambos miran hacia el sistema como culpable, hacia la dirección política como mala. Tres presidentes seguidos han sido frustrados de distintas maneras, un vicepresidente ha sido quemado. Nixon, que siendo un chivo expiatorio es algo más que eso, es una encarnación del mal sistema, de la mala gerencia de los Estados Unidos, puede terminar a manos de unos, que son ahora sus principales acusadores —los representantes de la democracia parlamentaria concretamente reunidos: la prensa y la opinión pública, el poder judicial, la representación del pueblo que reside en el Congreso—, pero puede terminar a manos de los otros: los que le reprochan la debilidad, los que le acusan de haber negociado con la URSS y con China, de no haber terminado gloriosamente la guerra de Vietnam, los que le están acusando en estos días de estar traicionando a Israel al forzarle a una paz todavía muy precaria. No sería nada extraño que fuesen éstos últimos los que le derribasen, no para restaurar el sistema democrático corrompido, sino para reforzar la autoridad. Nada extraño, tampoco, que tuviera el final de Papadopoulos. Quiénes aseguran que esas cosas no pueden suceder en los Estados Unidos, desconocen, sin duda, la verdadera naturaleza de las cosas: pueden suceder en cualquier parte y, probablemente, más que en ninguna otra, en los Estados Unidos. Que no son remisos en asesinatos de presidentes, guerras civiles, violencias de toda índole. Como cualquier otro país, repítamos, del globo.

## AL MARGEN DE LA CONFERENCIA DE ARGEL

# ¿HAY ARMAS NUCLEARES EN EL ORIENTE ARABE?

*El objetivo de la reunión de jefes de estado árabes, que se reúnen en Argel desde el lunes —que deberán publicar un comunicado el viernes—, es el de unificar sus políticas para la conferencia de paz, que comenzará en breve, probablemente en Ginebra (el domingo pasado, Israel dio su acuerdo de principio a la reunión y a la ciudad). Una mezcla de sultanes y reyes, presidentes de república y revolucionarios de varias disciplinas, con ópticas muy distintas acerca de lo que debe ser lo que Nasser llamaba "la gran nación árabe" y de cómo debe construirse la zona en torno a Israel —o sin Israel— es poco esperanzadora acerca de una unidad, digan lo que digan los comunicados finales. Hay ciertamente unidad en lo que se refiere al petróleo; la guerra económica está dando buenos frutos, y no son los menores los de los beneficios obtenidos o que se van a obtener. No la hay en cuanto a las posibilidades de una reanudación de la guerra. Sin embargo, se dice que los reunidos en Argel han examinado la posibilidad de una guerra atómica.*

*Hace años corrió insistentemente el rumor de que Israel tenía ya una bomba atómica operativa. Se dijo precisamente en 1967, aunque antes había sido objeto de especulaciones. Hay muchos datos en favor de esa tesis: la mayor parte de los sabios atómicos son judíos, el servicio de espionaje de Israel parece no solamente capaz de aportar datos técnicos, sino también material; en cuanto al dinero, obvio es decir que no falta. En estos días, el rumor que circula insistentemente es el de que Israel tiene un cierto número de misiles —cuatro, diez?— con cabeza nuclear, apuntados hacia las capitales enemigas: lo suficiente, sin duda, para devastarlas y destruir por muchos años la potencia árabe. Estos misiles no serían empleados más que en caso de que estuviese realmente amenazada la existencia de Israel como estado, y de una manera prácticamente desesperada. Pero el cálculo y el juicio de la desesperación pertenecen a personas del fanatismo de Golda Meir y de Dayan; podrían emplearlo en un momento que ellos creyesen realmente desesperado. La insistencia en esta posibilidad atómica de Israel incita a los árabes a buscar su propia bomba atómica. El iniciador de esa idea fue Ghadaffi, que ahora no está en Argel —ha declarado en París que esta reunión era simplemente cómica y que por lo tanto no podía unirse a ella—, quien pretendía un "pool" árabe, a partir del dinero del petróleo —del cual Libia tiene mucho—, para llegar a fabricar la bomba; pero mientras tanto se sugiere que se puede adquirir. ¿Hay un mercado de bombas atómicas? Está claro que de Estados Unidos no la van a obtener. Ni de Francia: las conversaciones de Ghadaffi con Pompidou versan, naturalmente, sobre armas convencionales. El último país occidental capaz de producir bombas atómicas es Gran Bretaña, pero hace tiempo que cortó sus experiencias, reposó sobre la defensa de Estados Unidos y, desde luego, no es país vendedor. Quedan la Unión Soviética y China. La URSS no cedería la bomba atómica a los árabes por nada del mundo, en su posición actual. Y no parece que China esté ahora en posición de hacerlo. Perturbaría toda su política.*

*No parece, por lo tanto, que haya un riesgo atómico inminente en el oriente árabe. Pero no debe cesar de pensarse en él. El acuerdo de "no proliferación" no es tan fácil de realizar como se cree, y la bomba atómica —su fabricación y hasta su miniaturización— es hoy menos secreto de lo que se cree. En cambio, no hay que descartar la idea de una reanudación de hostilidades en lo convencional. Dependerá de que la conferencia de Ginebra se celebre pronto y de que Israel se muestre en ella más conciliador de lo que ha sido hasta ahora, lo cual, a su vez, dependerá del desarrollo de la grave crisis interior de los Estados Unidos —que puede llevarle a suavizar sus posiciones, pero también a endurecerlas hasta el punto de una acción directa— y de la coexistencia de las grandes potencias. Las posibilidades que tienen los reunidos en Argel es las de que hayan percibido el impacto real de su guerra económica en el mundo, pero también del miedo que tengan de llevarla demasiado lejos y ser víctimas de una acción de represalias. De la que sólo puede salvarles, esa es la realidad, una defensa de la URSS. ■ J. A.*

Las repercusiones de la actual situación de los Estados Unidos en el mundo son enormemente graves. No nos engañemos: los Estados Unidos son una cabeza imperial, y lo que suceda en Washington repercute en París, en Londres, en Bonn. O en Atenas. O en Santiago de Chile. Lo estamos viendo en estos mismos momentos. No basta con que Europa agrande más el foso teórico que le separe de los Estados Unidos, al mismo tiempo que agranda el que separa a sus propios países. Si en estos momentos los Estados Unidos quisiesen envolver a Europa, en una situación de peligro muy real, nadie podría despegarse de ellos: ni los más independentistas. El deslizamiento de los Estados Unidos hacia la solución de su crisis de régimen y de sistema, sea cual sea esta solución —la de los duros o la de los blandos, la de los autoritarios o la de los demócratas—, es una cuestión de enorme delicadeza, de equilibrio sobre un hilo. Se puede romper por cualquier causa. Se está hablando ahora de la posibilidad de una nueva erupción de la guerra en Vietnam, como se habla también de la posibilidad de que se reanuden las hostilidades en el Oriente árabe. Cualquiera de estos dos acontecimientos, y los dos juntos sobre todo, podría causar la rotura de ese equilibrio y conducir a los Estados Unidos a una reacción, con Nixon o sin él. Una reacción interior y exterior. La Unión Soviética lo sabe, y está actuando con enorme moderación. Qué duda cabe que de esta crisis puede salir con grandes beneficios —no del tipo revolucionario o de subversión mundial, que le siguen atribuyendo los interesados en ello, sino en su nueva línea—, pero también con enormes destrozos, incluso verse envuelta en una guerra más o menos localizada: O enfrentarse con la duda de qué hacer si los Estados Unidos, no abandonados por algunos países europeos —Alemania Federal, Gran Bretaña, indudablemente Grecia, probablemente Holanda— y llevando a otros a remolque, emprendiese una intervención directa en la zona del petróleo.

Los problemas interiores de los Estados Unidos no son los únicos. Una serie importante de re-

tricciones de la sociedad de consumo y una inflación galopante, imposible de contener, podrían producir tal cúmulo de problemas sociales, que habría enfrentamientos graves entre pueblos y gobiernos. La escasez de energía puede producir cierres de fábricas o, al menos, reducción en las jornadas de trabajo y el número de empleados, unido al alza de los precios; toda la débil situación social sobre la que se estructura la Europa de hoy podría venirse abajo. Sin que la ayuda de los dólares, en este caso, pudiera salvarla. Un hundimiento del mundo occidental, en estas condiciones, no favorecería a la Unión Soviética, digan lo que digan los duros; se encontraría con gobiernos autoritarios, probablemente rudos, con los que negociar; se encontraría con las repercusiones inmediatas en su propia economía. Se olvida fácilmente que hace ya muchos años que la URSS ha dejado de basarse en la autarquía de su propio bloque y que es inevitablemente dependiente ya, en muchos aspectos, de la economía occidental (y viceversa). Los diez años de coexistencia han tenido, repitámoslo, una orientación determinada, durante los cuales ha ahondado además sus diferencias de toda índole con China, a la que difícilmente podría ahora volverse en busca de ayuda (económica, política o militar), ni reconstruir su bloque con las características que tuvo durante la guerra fría. A menos que sufra una retracción paralela sobre modelos aún más autoritarios de los que conoce.

La situación, repitámoslo, es enormemente grave. Estamos en su principio. Puede durar años, puede tener un estallido violento en cualquier momento. La angustia de las bolsas de todo el mundo; la de Wall Street está en una situación próxima al pánico, y un comentarista financiero fiable de los Estados Unidos ha dicho que la caída desde el 26 de octubre —la alarma nuclear— hasta ahora es «la más rápida en el período más breve de la historia moderna». El dinero es, como se sabe, enormemente cobarde, y quizá la de ahora sea una reacción exagerada, pero es una reacción que produce a su vez otras en cadena. ■ JUAN ALDEBARAN.